RB

DDT

REVISTA DE HUMOR

Año XV - 2.ª época - BARCELONA 20 - junio - 1966 N.º 781

¡QUIERO UNA OPORTUNIÁ!

conti

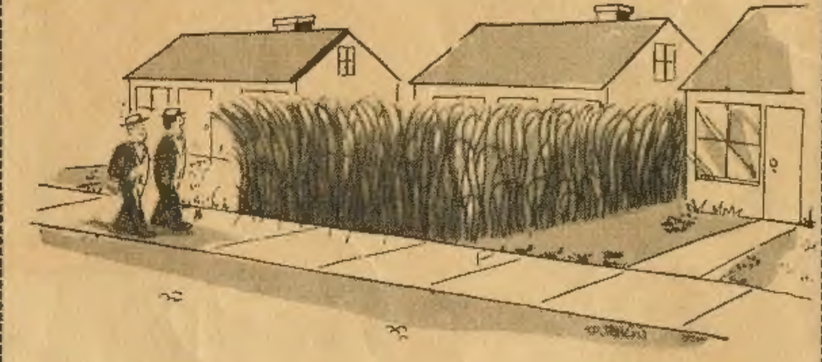
12500

5 PTS

—Habrá oído hablar de esta obra mía: «La Venus de Mirlo».

—¿Eres tú, Hogan...?

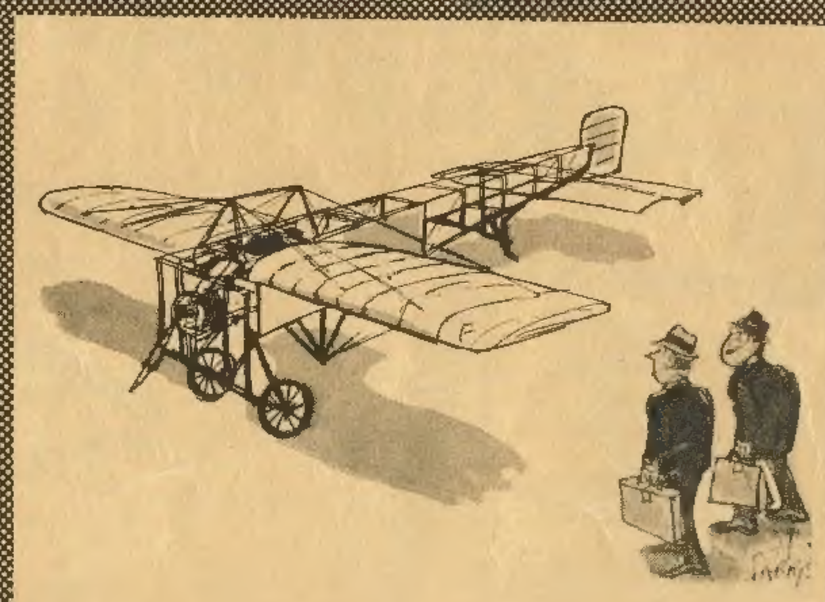
SIN PALABRAS



—¡Recién casados!

—¡Los «Panteras» han sido completamente burlados en esta jugada!

—¿Es cierto que has comprado una alfombra enorme, Mac...?



—¡Yo fui uno de los primeros en tener avión particular...!

—¿Quién ha sido el gracioso que envió esta nota felicitando al cocinero?

Modas para caballero

El sesentón, ventrudo, mantecoso y adinerado, penetró en la tienda cuyo letrero decía "Modes et Robes. Monsieur Dupont". Nada más entrar pisó una mullida alfombra y el pie de un dependiente que acudió solícito a ofrecerle sus servicios.

—¡Huy! —se quejó, añadiendo—: Buenas tardes, señor. ¿Le sirven?

—¡Cómo van a servirme, si aún no he entrado! —protestó el gordito.

—¿Qué desea el señor? —insistió el dependiente—. ¿Ropa interior, ropa exterior, ropa entre dos ropas...? Acabamos de recibir los últimos géneros...

El señor orondo se sentó en una butaca frente al coquetón mostrador.

—Nos ha llegado una ropa interior a cuadritos "op art". Moda cúbica para caballero.

Y le mostró cosas con dibujos cúbicos.

—Tenemos camisetas con dibujos más sencillos. Mire usted —extendió sobre el mostrador el género—. Ramas de abedul a punto de caer. Es más serio. Las tenemos también con dibujos de hojas de eucalipto.

—Eso será para cuando uno esté resfriado... ¿Se lleva eso?

—Muchísimo, señor. Nos los quitan de las manos... Precisamente aquí equipamos a todos los novios.

—No me extraña que los matrimonios empiecen tan mal —murmuró para la sotabarba el señor serio—. En cuanto la novia le vea así, va a pedir la separación inmediata. Yo quisiera algo más serio —añadió con timidez...

—¿Más serio? —repitió el dependiente, perplejo—. No sé si habrá algo... Camisas sin dibujos sí tenemos. Pero no se usan. Vea estas camisetas para caballero con puntillas y entredoses... ¡Fíjese que preciosidad! Toque el género... No encoge ni nada.

—Realmente... —vaciló el hombre gordo palpando telas como si palpase melones maduros—. Quisiera algo más serio.

—¿Se refiere a modas antiguas?

—Algo así —reconoció avergonzadísimo el señor.

—Tendrá que hacérselas expresamente. Pase al probador.

El dependiente le tomó las medidas y apuntó esos numeritos raros que los sastres apuntan en una libretita y que luego cuando uno va a probarse cree que en vez de tomarle las medidas le han tomado el pelo, porque nada coincide.

—Que sea todo de género blanco, sin adornos.

—Sí, señor —murmuró el dependiente, confuso—. Quizá encontremos tela de esa en las ropas para señora. Para caballero, ya no se fabrica nada sin puntillas ni adornos.

—Prefiero género femenino, pero, por favor, que no trascienda.

—Descuide.

Cuando el caballero hubo salido, el dependiente se acercó a uno de los compañeros de mostrador:

—¡Qué tío más raro! ¡Quiere vestir con ropas serias y lisas como las mujeres! ¡Se ve cada cosa!

—¡Y parecía un señor normal!

Mientras, el señor grueso caminaba feliz. Iba a vestir prendas como usaban antiguamente los caballeros.

Al pasar por una librería, se detuvo un instante. Ya habían aparecido calendarios para el próximo año: 1984.

Armando MATIAS GUIU

DDT
REVISTA DE HUMOR

NUM. 781 • AÑO XVI 20 de junio de 1966

Director: **MIGUEL MARTIN MONFORTE**

© **EDITORIAL BRUGUERA, S. A. - 1966** - Titularidad y derechos reservados a favor de la propia Editorial - Barcelona - España

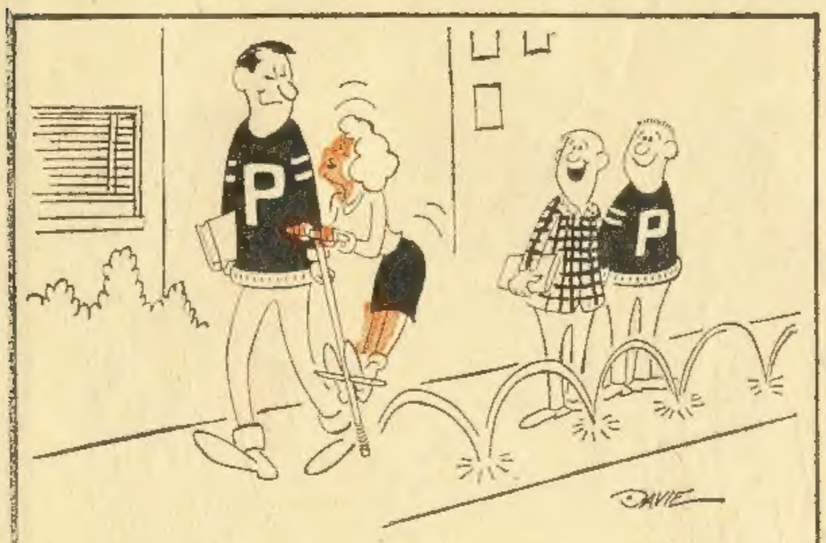
Impresa en los talleres gráficos de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 - BARCELONA - 1966

Depósito legal B 125 - 1958

Esta revista somete su tirada al control de

¡UN DIA PERDI DOS KILOS! ¡MI CABALLO TENIA HIPO!

-SE LO DEJARE A BUEN PRECIO, PORQUE ES USTED MI MEJOR CLIENTE.



-¡CREO QUE ESA CHICA ESTA LOCA POR "JIRAFITO"!

En la agencia de publicidad

En la Agencia de Publicidad se trabaja intensamente. Cantantes ligeros impresionan discos elogiando los tintes Cartapancia. Hábiles dibujantes pintan trozos de valla, que luego colocarán tapando los solares más importantes. Un torero vestido de luces entra en la Agencia.

—Venía a hacerme una fotografía agarrando un pitón al toro, mientras miro al tendido. Es para que salga en los periódicos —dice.

—Pase a nuestro departamento de fotografía —responde un amable empleado—. ¿Trae usted el toro?

—Sí; pasa, "Jabonero".

Un toro grande, con la cabeza baja, entra en la oficina. Nadie le mira. Están acostumbrados a la propaganda de los toreros.

—Haga el favor de levantar un poco más la cabeza al toro —dice el fotógrafo—. Quietos un momento... ¡ya!

—Muchas gracias. ¡Vamos, "Jabonero"! —dice el torero, saliendo de la Agencia.

Al cabo de un rato entra un individuo calvo.

—Soy el representante de un nuevo coñac, el "Coñac Manolito". Venía a que me hiciesen un anuncio...

—¿Trae usted la botella de coñac, los pedacitos de hielo y el sifón? —indagó un empleado.

—No... Yo no sabía...

—¡Pero hombre! ¿Es que no ha visto usted nunca un anuncio de coñac? ¡Hay que hacer una fotografía de una bandeja con el sifón, el coñac y los pedacitos de hielo! Luego debajo se pone eso de "Si tiene sed, no tiene más que tomar "Manolito" con hielo y Seltz", y ya está.

El representante sale avergonzado de su incapacidad publicitaria.

Los agentes se quedan comentando:

—¡Qué ganas de hacernos perder el tiempo! ¡Ni siquiera traía el seltz!

Una señora, con los ojos rojos de haber llorado, entra en la agencia.

—¿Hace el favor de tomar nota del siguiente anuncio? "Entre Cibeles y Callao, perdido perro caniche blanco con pinta gris en la pata izquierda. Collar iniciales J. T".

—Son cuarenta y ocho pesetas, señora.

En cuanto hubo salido la señora llorosa, entra un hombre llevando un perro atado con una cadenita.

—Me interesa poner el siguiente anuncio: "Encontrado perro caniche Red San Luis, blanco con pinta gris en la pata izquierda. Collar iniciales J. T."

—Muy bien —dice sonriente uno de los empleados—. Saldrá puntualmente. Son cuarenta y ocho pesetas.

Los agentes de publicidad seguían trabajando febrilmente...

TURPIN

-¡CREO QUE ESA COMPAÑIA DE CREDITO SE EMPIEZA A CANSAR DE NOSOTROS!

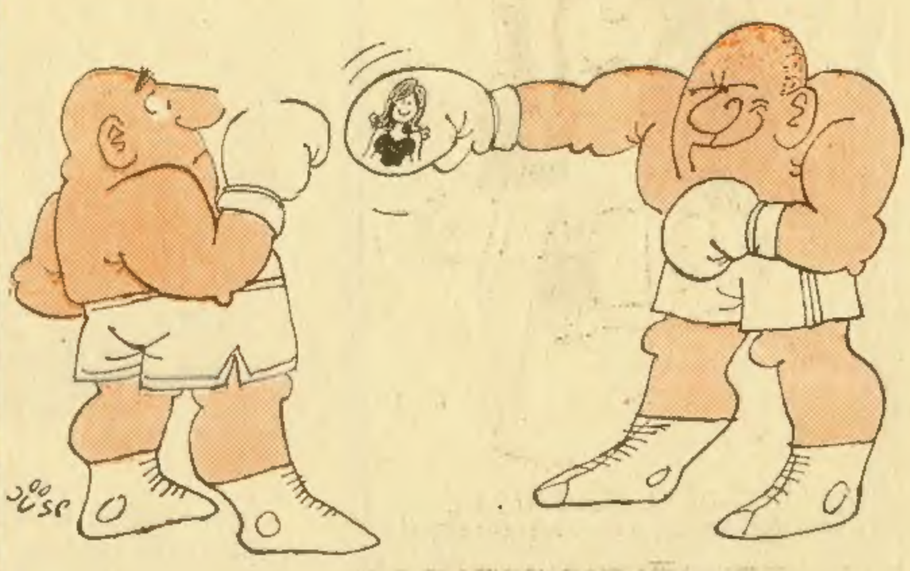
-¡PUES ESO NO ES NADA! ¡SI VIERAS COMO MANEJA LA DERECHA...!

-¡POR FIN LLEGARON AQUELLOS EMPLEADOS A PONER LA ALFOMBRA Y MI MARIDO SE QUEDO PARA HACERLES ALGUNAS INDICACIONES!

-¿DE VERAS HA DADO RESULTADO...? ¿SE VA...?

-¡PERO ALICIA...! ¡CREIA QUE NUESTRO COMPROMISO DEBIA BASARSE EN UNA GRAN CONFIANZA MUTUA...!

-¡EMPEZO TOMANDO PILDORAS TRANQUILIZANTES Y FIJATE A DONDE HA IDO A PARAR...!



NO FUNCIONA, CHATO

Antes no había ascensores. La gente subía a pie a todas partes como ahora, pero por necesidad.

Por eso no se construían rascacielos ni rascanada. Las casitas eran bajitas, a ras del suelo, lo que podríamos llamar rascasuelos.

Una casa de dos pisos pertenecía a un virrey o a dos virreyes juntos. Una casa de tres pisos era ya mal vista.

La gente que llamaba a una puerta, entraba ya en el zaguán, que era amplio como sala de baile, pero sin mesas ni señores tomando cocacolas.

Las habitaciones de pernoctar (del verbo dormir a pierna suelta) estaban arriba, para que no llegaran hasta ellas las pisadas de la gente que pisaba por la calle.

Pero, las ciudades como los chicos, se pusieron a crecer sin parar.

Como la gente iba a pie a todas partes, porque los tranvías aún no habían salido de paseo, se cansaba mucho al ir de visita a casa de las de Regómez que vivían siete calles más allá, con unas tías más que carnales, o sea porque estaban flaquísimas.

Entonces se construyeron casas de tres y hasta cuatro pisos. La gente las criticó mucho. Y siguió prefiriendo los entresuelos que los terceros y cuartos pisos que, con el entresuelo, y el principal, eran primero o segundos, aunque a la hora de subir parecían rascacielos.

Siguió aumentando la urbe y los constructores empezaron a subir pisos y precios.

Y así nació el ascensor.

Una caja puesta de pie y dos cuerdas, una que sube mientras la otra baja.

Y se inició la carrera de la ascensión. Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once pisos... ¡rascacielos! ¡Ciento doce pisos!

Y la gente sin hacer ejercicio empezó a ponerse gorda y fondona. Hubo que ampliar los ascensores porque a pesar de autorizar cuatro personas, dos ya no entraban por completo y hacer dos viajes para una misma persona era molesto.

Entonces el sabio García y García, hombre de inteligencia preclara inventó el cartelito de "no funciona".

Mejor dicho: inventó la avería.

Y se acabaron los gordos mofletudos y ciáticos.

Se acabó también el subir cómodamente en ascensor.

Cada vez que uno llegaba a casa se encontraba con el cartelito prohibitivo y uno tenía que subirse a pie los ocho pisos.

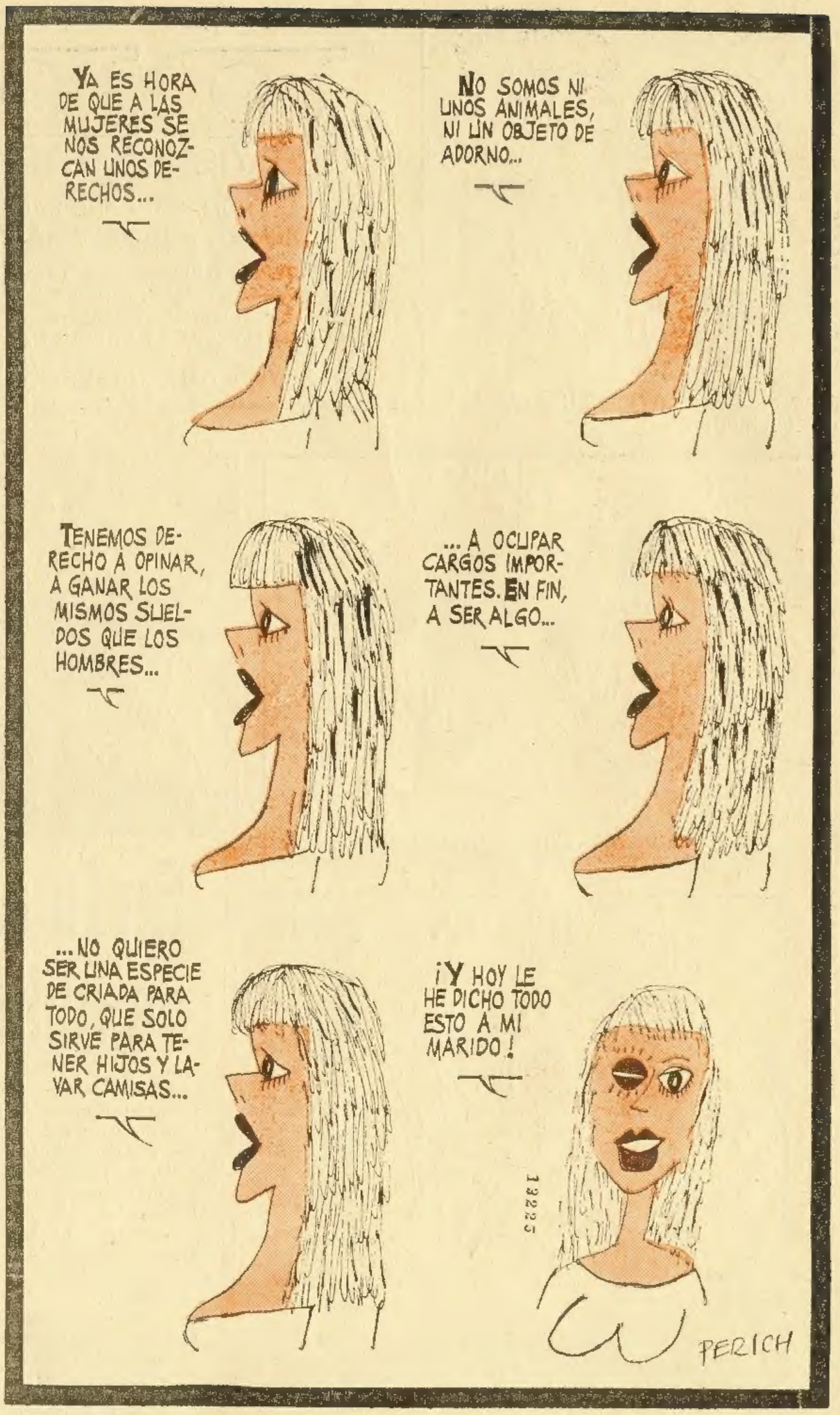
Y gracias a este invento la gente se conserva ágil, flaca y sana.

A los que protestan cuando leen el cartelito al llegar a su casa o a casa de una amiga, hay que reconvenirles y reconalejarles.

—Hijos míos —les repetimos—. No es un fallo técnico ni un error de cálculo. Es una medida sanitaria para que no te afofes con grasas supérfluas. El ejercicio te mantendrá sano, ágil ¡y reventado! pero es sano para la salud, hijo mío.

Y así, paternalmente, subirá a pie contento.

Armando MATIAS GUIU


YA ES HORA DE QUE A LAS MUJERES SE NOS RECONOZCAN UNOS DERECHOS...
NO SOMOS NI UNOS ANIMALES, NI UN OBJETO DE ADORNO...
TENEMOS DERECHO A OPINAR, A GANAR LOS MISMOS SUELDOS QUE LOS HOMBRES...
... A OCUPAR CARGOS IMPORTANTES. EN FIN, A SER ALGO...
... NO QUIERO SER UNA ESPECIE DE CRIADA PARA TODO, QUE SOLO SIRVE PARA TENER HIJOS Y LAVAR CAMISAS...
¡Y HOY LE HE DICHO TODO ESTO A MI MARIDO!
13225
PERICH

-¡MARTINEZ, MI HIJO VA A INGRESAR A EN LA EMPRESA! ¡Y QUIERO QUE EMPIECE POR EL PUESTO MAS BAJO, ANTES DE QUE ASUMA LA SUBDIRECCION LA PROXIMA SEMANA!

-¿NO NOTAS ALGO DIFERENTE, CARIÑO?

-¡HA LLEGADO EL MOMENTO DE QUE TOMEMOS NOSOTRAS LA INICIATIVA!

-¡NO, HOMBRE, NO! ¡DALE A ESA RUEDECITA, ESTUPIDO!

Médicos modernos

Los dos médicos, hijos de esta época de motorización en la que todo el mundo, en cuanto se encuentra por la calle, se pone a hablar de su automóvil, de los ruidos que les hace el motor, o de lo mal que les va el diferencial, al verse en el café, se pusieron a charlar de sus cosas.

—¿Qué tal te va tu nuevo paciente? —preguntó el médico de más edad.

—Mira, chico. No estoy muy contento con él. Tiene un ruidito en el pecho...

—¿Es un paciente nuevo? —inquirió el médico mayor.

—Nuevo de trinqui —replicó su amigo—. Soy el primer médico que lo cura.

—Entonces ese ruidito del pecho lo tendrá porque no está bien ajustado. En cuanto le hayas hecho las mil primeras inyecciones, desaparecerá.

—No sé, no sé... —movió la cabeza dubitativamente el doctor joven—. Para mí, más que falta de ajuste, es que algo le anda mal dentro.

—¿Has visto si tiene limpio el hígado? ¿Sí? ¿Y el riñón? ¿Y los pulmones? Yo que tú, lo desmontaba y le daba un repaso a todas las vísceras.

—¡Hombre; ponerse a desmontar un paciente recién estrenado es una barbaridad!

—No lo discuto —admitió el doctor veterano—. Pero, ¿y si trae algún defecto de fabricación? ¿Y si le han puesto unos pulmoncitos de saldo?

—No será nada de eso, demontre —se mordió los labios con preocupación el médico que trataba paciente nuevo.

—Bueno; dime otra cosa: ¿cuántos pacientes has tenido antes?

—Ninguno. Saqué el título el mes pasado, y...

—Pues ya está. Lo más probable es que la culpa sea tuya y no del paciente. Porque tú lo tratarás como un paciente normal, sin tener en cuenta que es un paciente en rodaje y que, por tanto, precisa un cuidado especial.

—¿Crees eso? Me parece que lo cargo adecuadamente. Veinte por ciento de vitaminas, y el resto de antibióticos...

—Eso es lo correcto. Pero, ¿qué media le haces?

—Cinco recetas diarias —declaró el médico joven.

—¡Qué bárbaro! —se escandalizó su colega—. ¿No te han dicho que con un paciente nuevo no se ha de pasar de las tres de media? Y penicilina, ¿le administras de sobra?

—No; la justa.

—Entonces no hablemos más. El ruidito que tiene en el pecho lo hace porque la mitad del día lo llevas en reserva.

—Oye, puede que tengas razón...

—Claro que la tengo. A los médicos que estrenáis paciente os pasan muchas novatadas. A un amigo mío se le paró su paciente, y cuando iba a prepararle el certificado de defunción me di cuenta de que llevaba el depósito de vitaminas vacío.

—¡Anda, que si no te llegas a fijar!...

—Y que lo digas. Porque aquél, lo entierra, y se queda tan fresco.

En esto, el médico veterano que miraba por la ventana del café, palideció súbitamente.

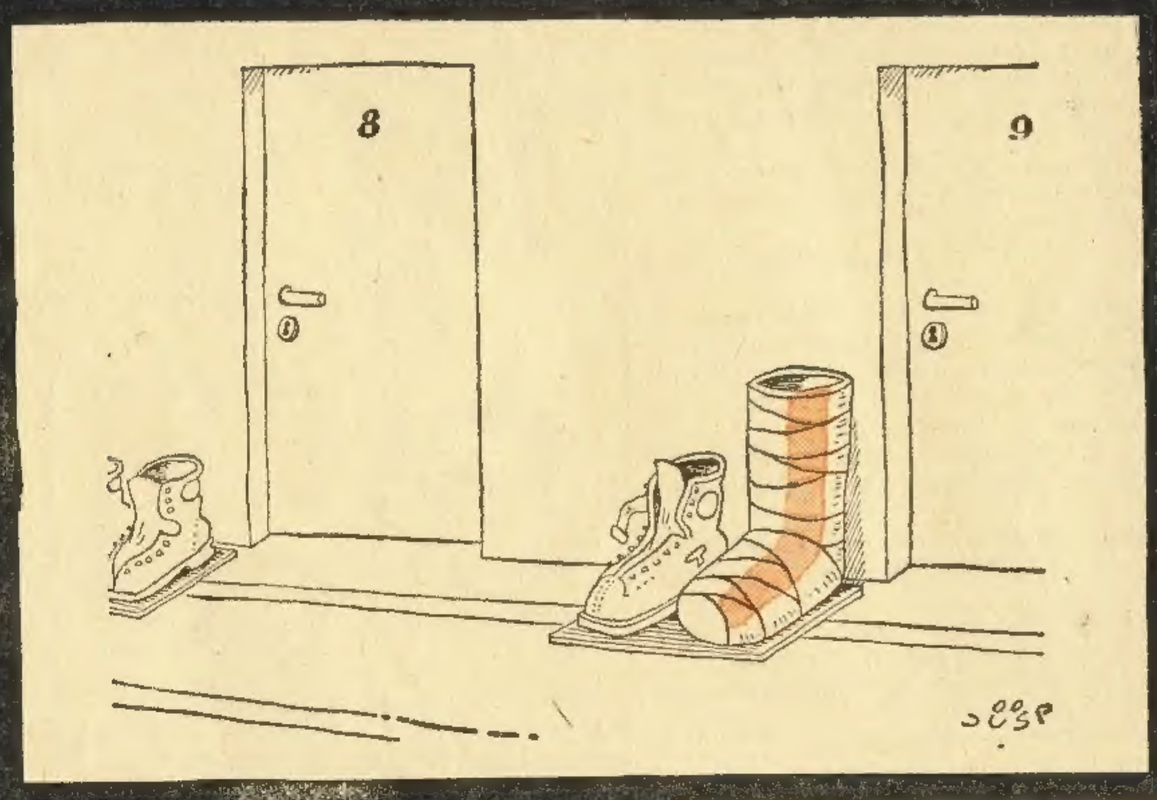
—¿Qué te ocurre? —quiso saber su compañero.

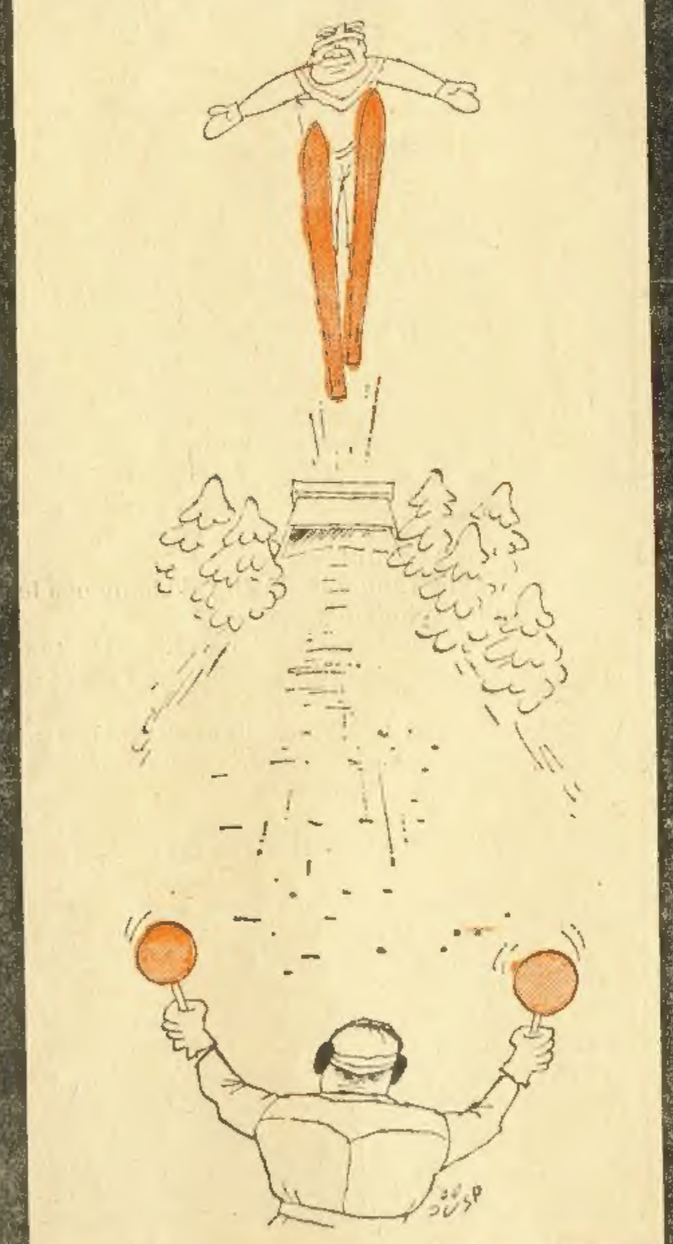
—Ese guardia, que está denunciando mi paciente. Me lo había dejado mal aparcado...

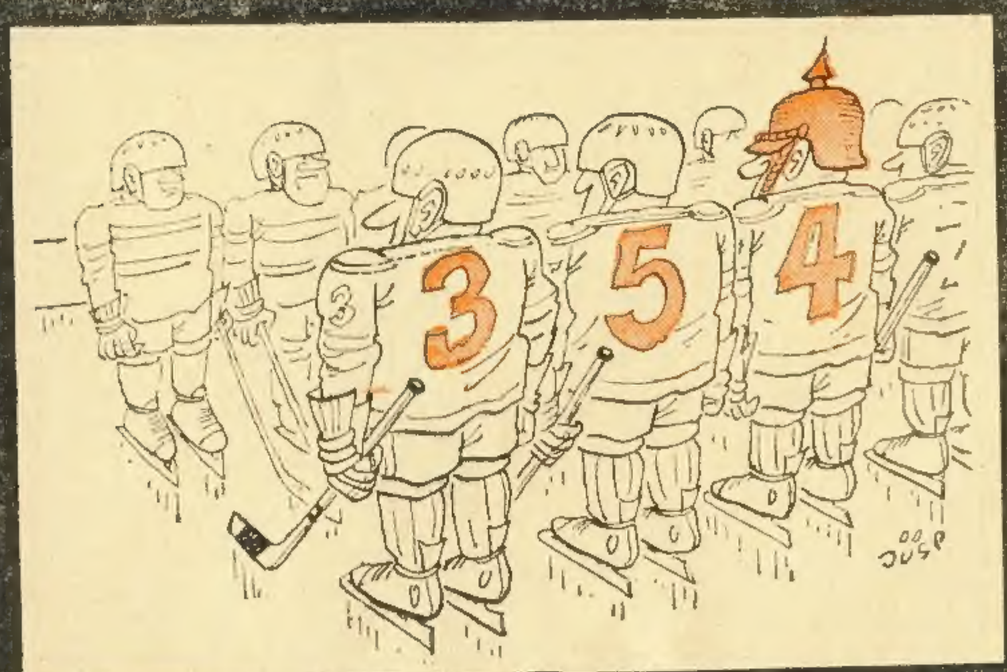
Y ambos se pusieron a mascullar que con los pacientes, en esta época, no se gana para disgustos.

CYRANO

ONU DEL CHISTE Presenta: JÜSP (SUIZA)







¡CULPABLES!

La delicada y frágil Casimira, con un arrullo de paloma torcaz en su pecho y una rápida ojeada en torno suyo, pellizcó el braza de Wenceslao y dijo poniendo en blanco el bolso:

—¡Wenceslao, Wenceslao, deja de ser todo para mí y escucha los mil ruidos y susurros de la Madre Natura que tenemos en torno en este limpio y ubérrimo parque municipal!

El apuesto Wenceslao se separó unos centímetros, pocos, de la dulce caricia de su amada y exclamó:

—Es cierto... Oigo a la tórtola que tortolea...

—¿Qué tórtola ni qué ocho cuartos? —gruñó la bella Casimira apoyando su dulce cuerpecito serrano sobre el tronco de un abedul—. Pero, ¿tú no oyes mugir?

—Verdad es. Están mugiendo.

—¿Y desde cuando mugen las tórtolas?

—No sé, pero como se ha adelantado tanto...

Con un mohín impaciente, la bien formada y grácil Casimira, prosiguió enrojeciendo:

—¡Espérate lo peor, caro Wenceslao, porque no he querido darte la mala noticia a boca de jarro, sobre todo, porque no hemos traído ningún jarro...!

—¿Quieres que vaya por uno?

Casimira se impacientó más:

—¡Déjame hablar! Mira, querido mío, el mugido que acabamos de escuchar no lo ha exhalado ningún rumiante, sino mi padre, que nos viene siguiendo desde que salimos de casa.

—¡Santa María Egipciaca! ¿Qué crees que debemos hacer?

Casimira, rápida, con ese disimulo descarado que tienen todas las mujeres, dijo a su novio:

—Cuando se oiga más cerca su tos, que es el mugido a que me refería, caigamos los dos ante él de rodillas.

—¿No se te estropearán las medias, bien mío?

—¿Qué importan las medias ahora, Wenceslao? Tú déjame hacer, que yo conozco bien a mi padre. Caeremos, como te decía, a sus pies, y sin mirarle el rostro, nos confesaremos culpables de lo que él quiera. Los padres chapados a la antigua, ídolo mío, gozan perdonando o castigando a los que están bajo su férula...

—Pero, ¿además de mugir, tu padre tiene una férula?

—Sí, pero no se la trae nunca cuando sale de paseo.

Se escuchó la tos perruna y los dos enamorados cayeron de hinojos. Casimira, sin levantar los ojos del suelo, decía vertiendo abundante llanto:

—¡Padre adorado, he aquí a los más viles y abyectos pecadores, que, sin tomar ejemplo de tus virtudes preclaras, se entregaron a la concupiscencia y a pelar la pava en un parque público, circunstancia que ruégote no te cause sonrojo, pues te prometemos que de ahora en adelante pelaremos el susodicho volátil al abrigo de las inclemencias del tiempo y de los curiosos ojos del mundo...!

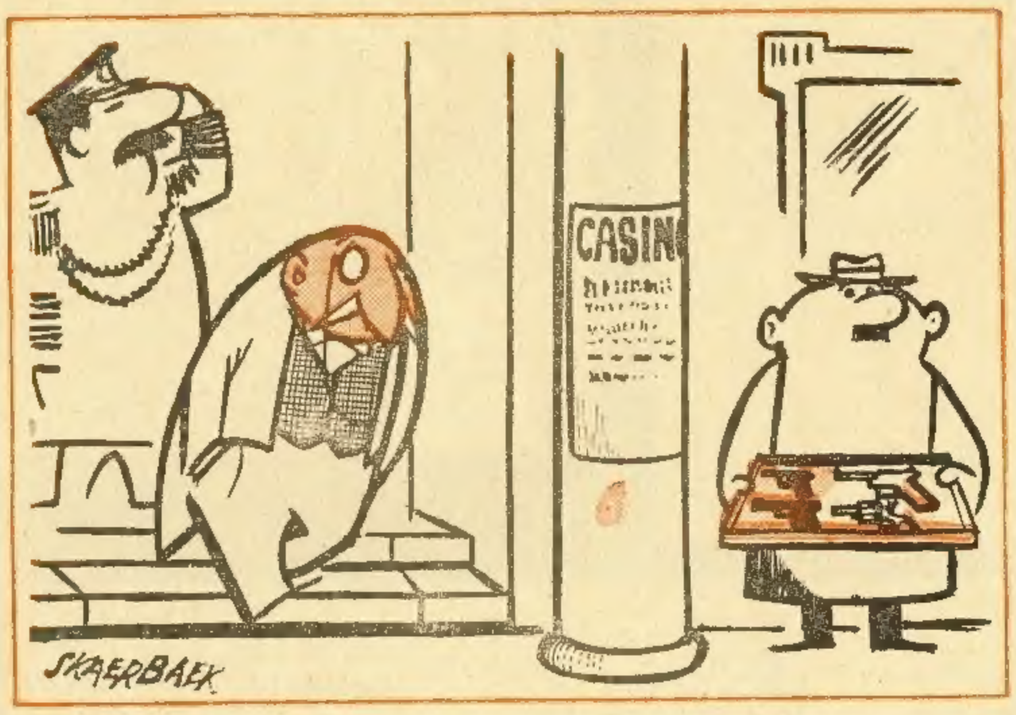
Se levantaron ambos enamorados de repente y huyeron de aquel prado.

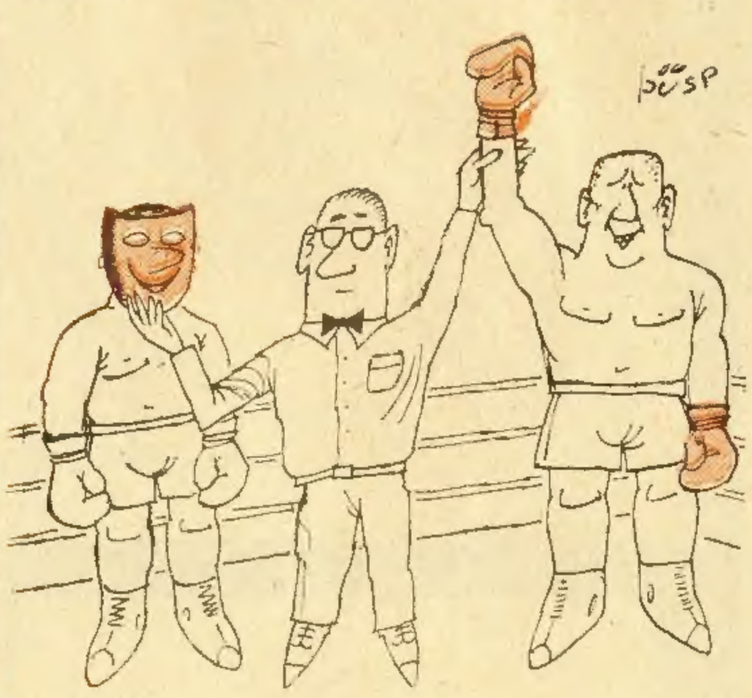
El zagal que conducía de una soga al animal no se explicaba luego que dos señoritos de la capital se dirigiesen a una vaca en aquellos términos tan fogosos y apasionados.

MADAME REMEDIOS

—¡Hola! ¿Qué hay de nuevo?

—Nada de aumento de sueldo. Toda la prosperidad se debe a la suerte de mi mujer en los sorteos publicitarios.





—Es para ti, Frank.

Historias de programas culturales televisivos

ESTUDIANTE INCORREGIBLE

En el televisor, un docto catedrático explicaba su clase de física y química, y Pepito Antúnez escuchaba muy atento, mientras su mamá, satisfecha, le miraba de reojo mientras hacía punto.

El catedrático de TV explicaba y explicaba, y de vez en cuando dirigía una pregunta a los telespectadores. Pepito Antúnez la contestaba en voz alta inmediatamente.

Tal aprovechamiento llamó la atención a la mamá del niño, que se puso a vigilarle. En un momento dado, exclamó, severa:

—¡Pepito!...

Fue rápida hasta él, y de la manga le sacó una "chuleta".

—Ya me extrañaba a mí... ¡Hasta en los programas culturales de TV! ¿No te da vergüenza?

En el televisor, el catedrático seguía explicando, pero Pepito no le escuchaba, rojo como un tomate...

TRISTE DESCUBRIMIENTO

Me compré televisor porque siempre he sido muy estudioso y me había enterado de que, a diario, ponían programas culturales, muy atractivos e interesantes.

Durante todo el año me dediqué a seguir atentamente las clases de idiomas, y no contento con ello, me quedaba sin ir a la cama, hasta las tantas, estudiando lo que el profesor había explicado.

En el verano se interrumpió el programa, pero en cuanto empezó el curso volvieron las clases. Con sorpresa empecé a observar que yo escuchaba las mismas lecciones y mis amigos con televisor no. Al principio creí que tendría estropeado el televisor, hasta que, al fin, realicé el tristísimo descubrimiento: las oía igual porque repetía curso. ¡Me habían suspendido en las lecciones de idiomas que se transmiten por televisión!

TELESTUDIANTES

Don Felipe conectó el televisor para que sus hijos vieran los programas culturales y de idiomas, y luego se fue a su despacho a trabajar.

Desde la salita le llegaba al despacho el rumor del profesor de la TV explicando cosas. Y ni uno solo de los muchachos rechistaba. Extrañado, al cabo de un rato se acercó de puntillas hasta la habitación, y cual no sería su sorpresa cuando la halló vacía y el televisor funcionando.

Le preguntó a la chacha por los telestudiantes, y así se enteró de que, apenas empezada la clase, los chicos habían abandonado subrepticiamente la casa yéndose a pescar.

Aquella fue la primera "pelada" en la historia de las clases por televisión.

Los hijos de don Felipe habían hecho telenovillos...

PEPE GREY

—¡Hummm! ¡Aquí va a haber follón!

—¡Deje de murmurar, señor Burris, y dígame claramente lo que debo hacer!

—¡Oh, Mac, vidita...! ¡Estás celoso!

EL MARIDO DE MI MUJER

(CUENTO DE UN SOLO ROMBO)

El marido es un señor que llega a las horas de comer y en vez de escuchar lo que dice la esposa, se pone a leer lo que dice el periódico.

(Proverbio que me acabo de inventar, pero hace mono).

Ulpíades Martínez, además de llamarse así, estaba casado con su mujer, cosa que suele sucederle a todos los maridos de sus esposas.

Ulpíades Martínez, encima, era un marido como los demás. Quizá más gordo —manteca más, manteca menos—, pero llegaba siempre a casa con el periódico debajo del brazo, o sea igual que los niños recién nacidos pero en vez de pan, letras de imprenta.

Aquella tarde, al llegar, se mostró locuaz.

—Hola —dijo.

—¿No me das un beso, Ulpi? —insinuó ella, besucona.

—Ya te di uno ayer —contestó, perplejo, Ulpi, abriendo el periódico con esa inconsciencia marital de algunos maridos que prefieren las declaraciones de Hochethuf a las de su esposa.

La mujer volvió a la carga:

—¿Sabes?

—¡Hum! —contestó él cargado de razón.

—¿Sabes lo que dice la del segundo? —continuó ella, alentada por tan pertinaz insistencia.

—¡Caray! —contestó él.

—¡No dice caray, porque es una ordinariez! —replicó la fémina del Ulpi.

—Fíjate —siguió él en su periódico, mientras ella seguía en su vecina—. Parece que se va a reunir otra vez el Consejo, eso que se reúne siempre para acordar reunirse para concertar cuándo se reúnen.

—Te estoy hablando, Píades —dijo ella a sabiendas de que Píadés a él le fastidiaba muchísimo.

—Y yo te escucho, querida. Con una oreja escucho lo que leo y con la otra escucho lo que tú dices.

—Antes siempre me decías que te gustaban mis orejas. ¿Recuerdas? —rememoró ella.

—Bueno, nena, si tanto te gusta, cómpratelo —concedió él.

—¡Te estoy hablando de mis orejas! No pretenderás que me compre más orejas. ¡No sé qué ibas a decir al verme con tantas orejas...! ¿Me oyes?

'—Pues claro que te oigo. ¡Te has comprado unas orejas!

—¡Narices! —barbotó ella que aquella tarde estaba muy barbotona.

—¿Que te vas a comprar también unas narices? —palideció, detrás del Vietnam el marido.

—¡No me he comprado nada! Te estoy hablando de Julia.

—Julia se ha comprado unas narices —repitió loco, el marido.

—¡No!

—Entonces, ¿quién se ha comprado unas narices?

—¡Nadie! —barbotó ella despilfarrando barbotones sin cuento.

—Ya.

El marido extravió la vista, para mirarla, y la vio repetida.

—De modo que me hablas de alguien que no se ha comprado unas narices... ¡Y luego dirás que si no te escucho! Yo puedo hablarte de diez mil millones de seres que no se han comprado narices.

—No te hablaba de narices. Te hablaba de mis orejas. ¡Y no pienso comprarme orejas!

—Claro, claro. Nena, descansa, querida. Tómatelo con calma... No te muevas, que voy a llamar al doctor un momento...

—¿Te encuentras mal?

—¡Yo no! Es decir, sí. Sólo una consulta.

Y corrió al teléfono.

—Doctor. Mi mujer quiere comprarse unas orejas —dijo tartamudeando—. ¿Qué hago?

—Acompáñela —contestó el facultativo. —Así las escogerá a su gusto.

El pobre Ulpíades ahora está en una casa de salud, que es esa "maison", como dicen los franceses, adonde sólo va gente que no tiene salud.

MORALEJA:

Eso le pasó a Ulpíades Martínez por no escuchar a su mujer, como era su obligación. De haberlo hecho, habría sabido qué es lo que decía y opinaba la vecina del segundo.

Y no estaría, como ahora, subiéndose por las paredes gritando:

—Quiero que sean unas orejitas redonditas y sonrosaditas...

Fin del cuento.

Armando MATIAS GUIU

—¡La tostada estaba riquísima! ¿Le importaría dar a mi mujer la receta?

—Del tenis lo único que me interesa es el amor.

LO QUE VEN EN EL CIELO

-EL CIENTIFICO

-EL MIOPE

-EL NIÑO

-EL ASTRONOMO

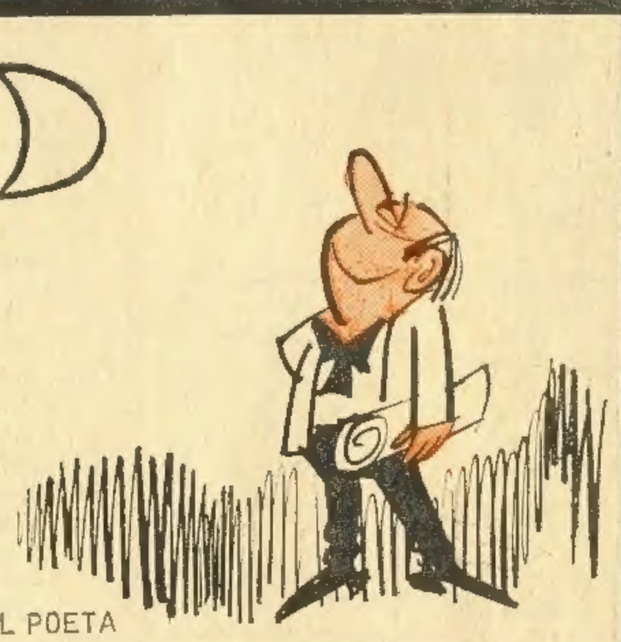
-EL LECTOR DE CIENCIA -FICCION

-EL OBSERVADOR DE PAJAROS

Romance de la niña encerrada

¿Por qué no me abres la puerta,
niña de los ojos negros?
¿Por qué te encierras en casa
como si fuera un convento?
La niña nunca salía
—¡ay, catapum, que me muero!—
y el cutis se le ponía
color de repollo tierno.
Debajo de sus ventanas
yo masticaba el invierno
como chicle de globito
del que usan los niños memos.
—¡Ay, catapum, carabí!—
qué bonito es su pelo,
aunque al balcón no lo saca
ahora ni para un remedio.
¿Por qué te escondes, mi niña?
Dime de qué tienes miedo
y con cuchillos de luna
y con navajas de céfiro
y con púas de relente
y con espadas de viento
y con sables de rocío,
amén de otros instrumentos,
aunque ni pincho ni corto,
te libraré de tu encierro.
—¡Ay, catapum, carabí,
carabí, carabinero!—
La niña no me contesta,
tampoco contesta el eco.
Paisajes de transistores
se perdían a lo lejos.
La niña no abre la puerta,
porque no tiene dinero.
Por eso no quiere abrirme
—¡ay, catapum, que me quedo!—
porque soy el cobrador
de «Mantafulleda Créditos»
y quiero cobrar el plazo
del mes en curso, febrero,
o me llevo, por mi padre,
esos electrodomésticos
con los que ella bate cosas
o lo tiene todo fresco.

El marqués de Santillopis

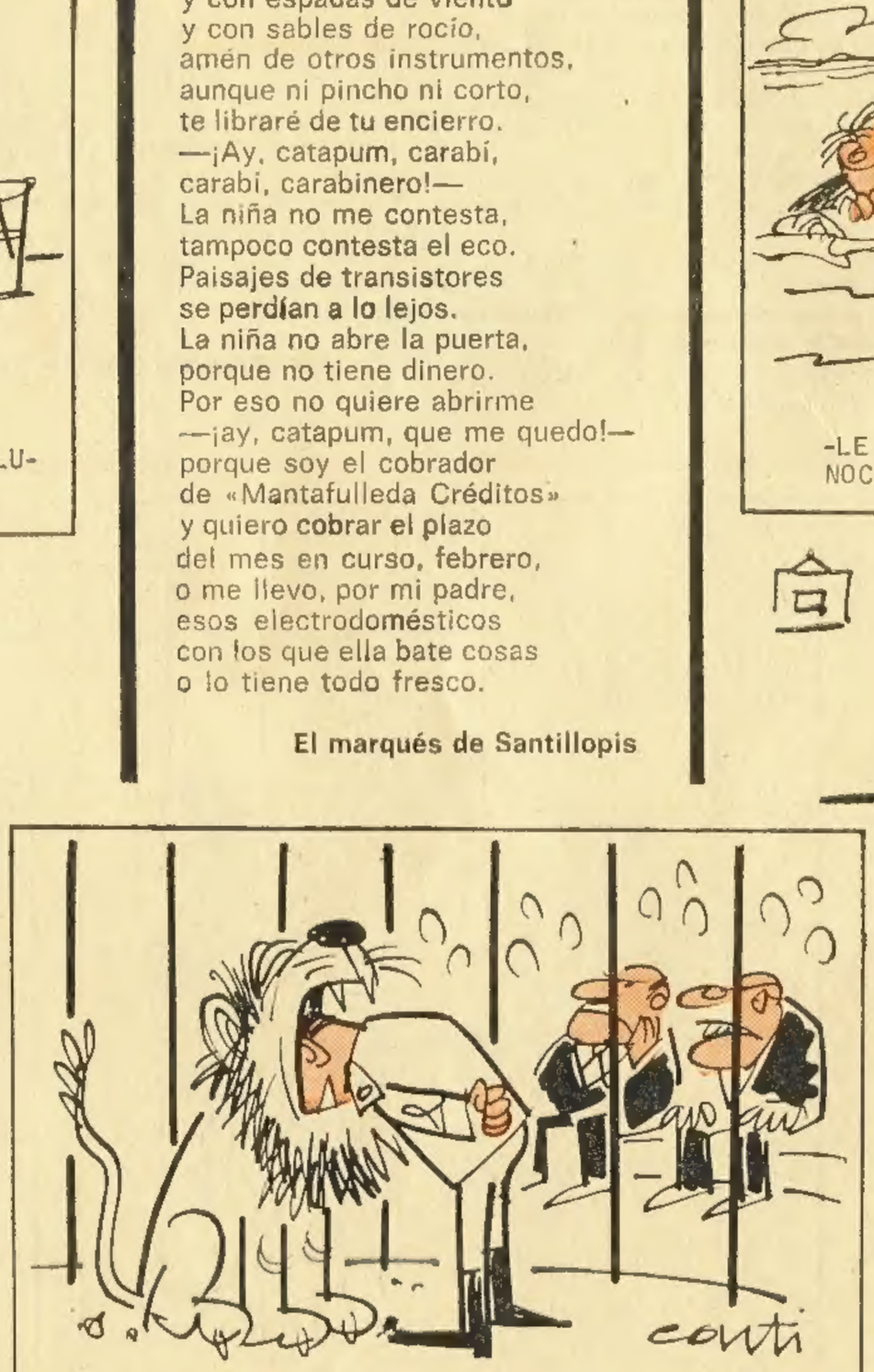


-EL POETA

-ES UN MUCHACHO MUY RARO.NO SUFRE EN ABSOLUTO ANGUSTIA VITAL.

-LE ADVIERTO QUE ESTO ES MUY HUMEDO.POR LA NOCHE SUBE LA MAREA.

-PODRIAMOS COMPRAR UN LAVA PLATOS PARA LA CHACHA Y QUE NO SE ESTROPEE ESAS MANOS TAN BONITAS.



-Y QUE LO DIGA.ME GASTO EL DINERO VINIENDO TODAS LAS TARDES...Y NADA.

-TOME NOTA DE MIS AVERIGUACIONES.EN PRIMER LUGAR LA VICTIMA NO HA MUERTO DE HAMBRE.

Confesiones de un inventor

Debo confesar mi vocación irrefrenable a inventar inventos. Desde mis diez años mal contados —tan mal contados que ya tenía treinta y cinco—, no he pensado en otra cosa.

—¿Qué inventaría yo hoy? —me preguntaba al despertarme por las mañanas.

Pero, Carlota, mi mujer, aparecía de pronto y me pedía que arreglara el grifo del agua, o el grifo del vino, o el grifo de la plancha. Porque, yo no sé qué pasa con los grifos, que siempre están llorando como si fueran unas viudas inconsolables.

Si los inventores supiéramos inventar a tiempo el quedarnos solteros, inventaríamos muchas más cosas, pero el hombre es fuego, la mujer, estopa, y viene el diablo y sopla...

En mi caso concreto, no inventé a tiempo lo de la soltería y me casé con Carlota que, desde el día siguiente al de nuestro matrimonio, empezó a abrumarme con sus consejos:

—¿Por qué no inventas el jamón? ¿Por qué no inventas la ensaimada mallorquina...?

Porque las mujeres son tan materialistas, que sólo quisieran que se hubiera inventado el Mercado de Abastos.

Recuerdo cierto día en el que Carlota entró en mi cuarto, a las siete de la mañana y me dijo:

—Estoy decidida a que inventes hoy el arroz a la valenciana.

Yo, que a esas horas de lo único que tengo ganas es de inventar algo para no levantarme, le respondí:

—Pero ¡si eso ya está inventado!

—Pues hijo, desde que me casé contigo, no he visto en esta casa más invento que la tortilla de patatas.

—Está bien —dije, con la esperanza de que me dejara en paz—. Yo te prometo inventar ese invento, pero no a estas horas, en las que sólo se puede inventar el café con leche, que es cosa de mujeres.

A pesar de mis lógicos razonamientos, tuve que levantarme a moler café y fuí mezclando el café con su recuerdo, que no era ciertamente un recuerdo muy cariñoso...

No obstante, estos inconvenientes, he inventado muchas cosas, como ustedes van a ir sabiendo. Entre ellas, "la antipantalla de televisor". Este invento consiste en una plancha de cierto material opaco que, poniéndola sobre el televisor, evita al espectador el perder el tiempo viendo esos programas tan tontos que suelen televisar.

Otro de mis mejores inventos fue "el calzoncillo taurino". Este calzoncillo era un calzoncillo como todos los calzoncillos, con la novedad de que la parte posterior estaba confeccionada en un doble tejido plástico, el cual, mediante una gomita, se hinchaba, convirtiéndose en una confortable almohadilla.

Mis inventos me han producido muy buenos dineritos pero, a pesar de todo, mi mujer, que es una burra, siempre me estaba amenazando con tirar mi laboratorio o dárselo al niño de la portera. Y eso que, desde que éramos pudientes, mi mujer podía comprarse todos los trapos que quería, y tenía toda la casa llena de trapos.

Otras veces se empeñaba Carlota en que cambiara de laboratorio:

—Este laboratorio te está ya pequeño —decía la muy burra—. Deberías comprarte uno mayor y guardar éste para llevarlo debajo del abrigo.

Yo le daba siempre la razón y esperaba a que el tiempo le hiciera olvidar sus absurdas ideas.

En cierta ocasión, fuí e inventé la máquina más grande del mundo. Los más célebres técnicos en la materia vinieron a conocer mi invento y expusieron su dictamen:

—No está mal —opinó un ingeniero suizo rubio—, pero encuentro que todavía podía ser más grande.

Otro ingeniero opinó:

—A esta máquina lo que le falta es echar humo.

Y, un tercer ingeniero dictaminó:

—Yo la encuentro perfecta, pero, ¿para qué sirve?...

Le miré con gesto de desprecio...

—¿Cómo quiere usted que sepa para qué sirve, si acabo de inventarla?...

Mi mujer, ante el poco éxito de aquel invento, me aconsejó:

—Creo que haces mal en inventar inventos que no tienen una aplicación definida. ¿Por qué no inventas la bicicleta, por ejemplo, que tanta falta hace?

—¡Pero, Carlota! —exclamé indignado. —¿Tú crees que no se me ha ocurrido ya inventarla?

—Pues entonces, no sé qué demonios estás esperando...

—Estoy esperando a que se me ocurra cómo debe ser una bicicleta. Hasta ahora sólo he podido inventar media bicicleta, pero me falta inventar la otra media.

Carlota razonó:

—Supongo que la otra media será igual a la primera media...

—Sí, pero todavía no tengo inventada su forma. Tú sabes que los únicos medios de locomoción que existen en este momento son el caballo y los pies. He intentado dar a la bicicleta forma de caballo y ha empezado a dar coces... He intentado también darle forma de pie y ha empezado a jugar al fútbol.

Carlota murmuró:

—No, si acabarás por no inventarla, después de haberme estropeado las tijeras...

Y entonces, yo, como en otras ocasiones, inventaba la palabra "porras" y me iba a mi laboratorio a llorar lágrimas de sangre.

Mas como mi vocación inventora era irrefrenable, cogía un papel y un lápiz e intentaba dibujar la bicicleta. Pero, a pesar de mi talento creador, siempre me salía un gato, o un tren, o un gato subido en un tren.

—¿Por qué no dejas ya eso de la bicicleta de una vez? —preguntaba mi mujer asomándose a la puerta del laboratorio—. Ya que eres incapaz de inventar la bicicleta, inventa el automóvil, o la "Vespa", o el "Citroen" dos caballos...

—¡Pero, mujer! —exclamaba yo lleno de indignación—. ¿No comprendes que todas esas cosas que propones son consecuencia de la bicicleta?

—Pues, ¿sabes lo que te digo? —gritaba Carlota—. Que como sigas perdiendo el tiempo van a inventar antes otros el aeroplano, la radio y hasta el sacacorchos, que es una de las cosas más difíciles de inventar.

E, inventando el portazo, se iba a la calle a comprar más trapos.

Por fin, acabé por inventar la dichosa bicicleta y la Prensa lanzó la noticia a los cuatro vientos.

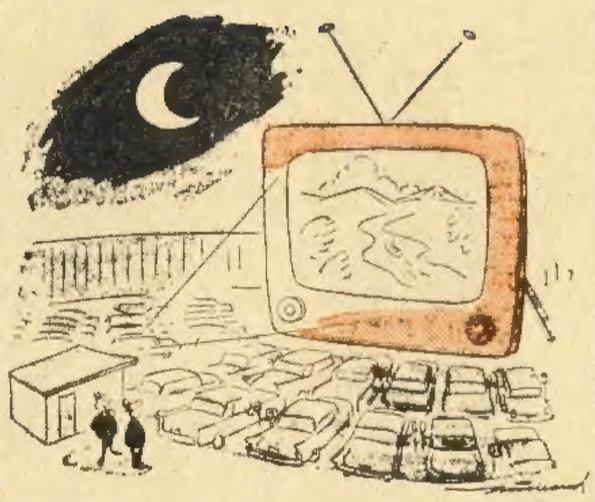
Las gentes acudieron a conocer mi invento y quedaron estupefactas al conocer mi obra.

—¡Qué tío! ¡Lo que ha inventado! —exclamó uno.

—¿A quién se parece? —preguntó una señora que parecía tonta.

Y, ante el asombro de aquella muchedumbre, monté en mi bicicleta y di la primera vuelta a Francia, llegando el primero, como era de esperar...

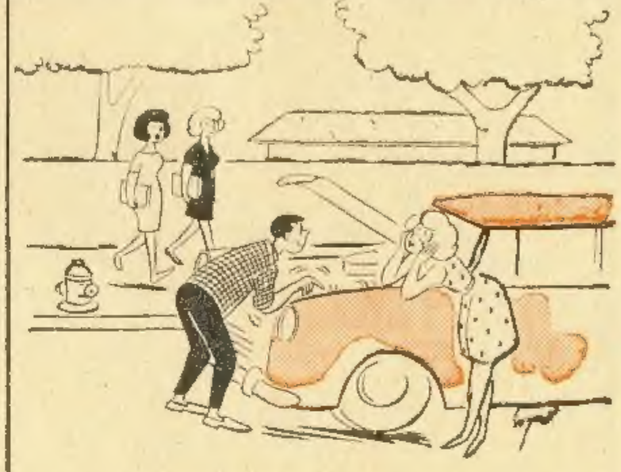
TONO



-¡AHORA VIENE MUCHISIMA GENTE!

-SEGUN EL MANUAL, SE NOS HA ACABADO LA GASOLINA... ¡PERO NO DICE QUE HAY QUE HACER PARA REMEDIARLO!

-¡FACTURAS, FACTURAS, FACTURAS...! ¡SI TRABAJARAS EN MI OFICINA, YA TE HUBIERA DESPEDIDO!



-¡FIJATE COMO LE ATIENDE LA MUY HIPOCRITA! ¡Y LO UNICO QUE SABE DE COCHES ES APRETAR EL CLAXON!

El burlador de Sevilla y convidado exigente

ACTO PRIMERO

La escena representa un cementerio con sus muertos dentro de sus tumbas y sus vivos fuera de ellas.

CAPITAN: —¡Vive Dios, que me parece idea asaz peregrina venir de noche a pasear al cementerio!

AVELLANEDA: —¡Hay tan pocas distracciones en este siglo...! Aparte de eso, no me negaréis que un cementerio siempre es un sitio de distracción, porque invita a la meditación y, contemplando tantos sarcófagos, uno se dirige a ellos y dice: "¡No somos nadie!"

CAPITAN: —¡Hermosa frase, Avellaneda!

AVELLANEDA: —Y, sobre todo, original.

CAPITAN: —Mas, ¿qué es lo que están viendo mis ojos?

AVELLANEDA: —Poco será, porque padecéis cierta presbicia, la cual, unida a lo tracomatoso de vuestra mirada, confunde los factores del producto.

CAPITAN: —¡Dad gracias a que nos hallamos en lugar digno de respeto; de lo contrario quizá hubiéseis lamentado siempre palabras tan indiscretas como vejatorias! ¿No es don Juan aquél hombre?

DON JUAN: —¡Atrás, fantasmas vanos...! Pero, si se trata del capitán y de Avellaneda... ¡Amigos míos, miradme aquí, contemplando a los que encontraron la muerte a manos mías!

AVELLANEDA: —¿Los liquidásteis a todos?

DON JUAN: —¡A todos!

Va señalando las estatuas.

A éste lo maté a estoque en una tarde memorable en que hice una gran faena, siendo ovacionado en mi primero y escuchando palmas en mi segundo... A este otro...

CAPITAN: —¿Lo matásteis también a estoque?

DON JUAN: —Lo tuve que descabellar.

Señala la estatua del COMENDADOR.

A éste también lo despaché en la primera de feria de Utrera ...¡Buen ejemplar, por mi padre...!

COMENDADOR: —¡Eso, por tu padre!

DON JUAN: —¡Santo Dios! ¿No habéis escuchado unas palabras, pronunciadas acaso por la estatua?

AVELLANEDA —Yo no he oído nada.

CAPITAN: —Ni yo.

DON JUAN: —¡Ah, vamos! Queréis hacerme víctima de vuestras bromas y chacotas, pues bien conocida es vuestra fama de chacoteros... Pero no hay nada que arredre a don Juan. Y para demostrároslo, voy a invitar al Comendador.

Se dirige a la estatua.

Si te apetece cenar, ya sabes dónde tienes tu casa, majo.

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de DON JUAN

DON JUAN: —Como comprenderéis, nunca he creído que los muertos abandonen sus tumbas y se presenten de improviso. ¡Leporello, mira a ver quién da esos aldabonazos!

LEPORELLO: —Mucho me temo, señor, que se trate de la estatua del Comendador, que viene a cenar con vos, porque el visitante me ha entregado el sombrero al entrar y pesaba una arroba.

Entra LA ESTATUA DEL COMENDADOR

ESTATUA: Buenas noches. ¡No, no se levanten ustedes, que yo soy muy sencillo! Vamos a ver qué hay.

DON JUAN: —¿Qué hay de qué?

ESTATUA: —De cenar.

DON JUAN: —Pues... hay consomé.

ESTATUA: —¡Qué porquería!

DON JUAN: —Luego, un besuguito al horno, filetes con patatas fritas, y de postre, fruta del tiempo.

ESTATUA: —¡Qué porquería de menú! ¡Así no se invita a nadie, hombre! Bien. A mí que me hagan entremeses variados, "sole gratiné aux pommes au vapeur", luego "poulet roti", luego "salada au celeri" y de postre "creppes Suzette".

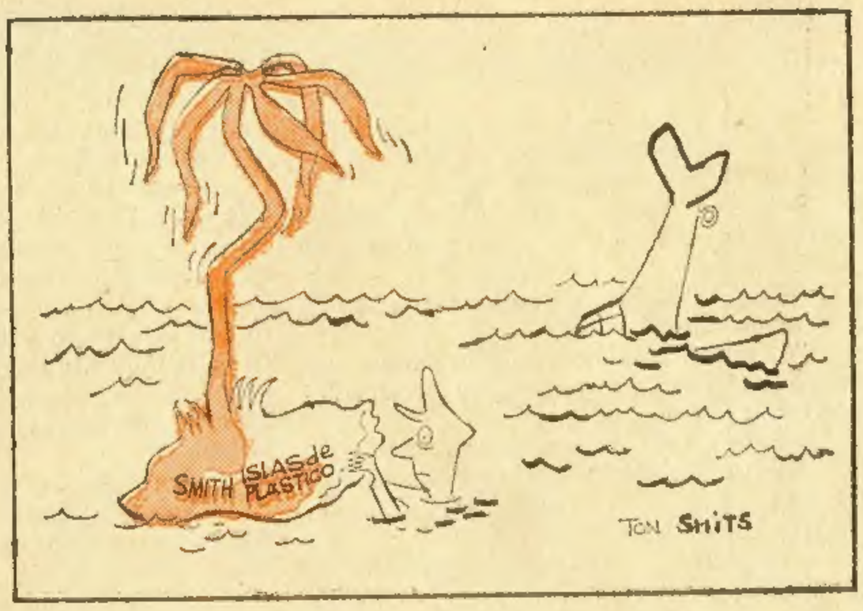
LEPORELLO: —Pues no creo que podamos complacerle, porque la cocinera se ha ido ya a su casa.

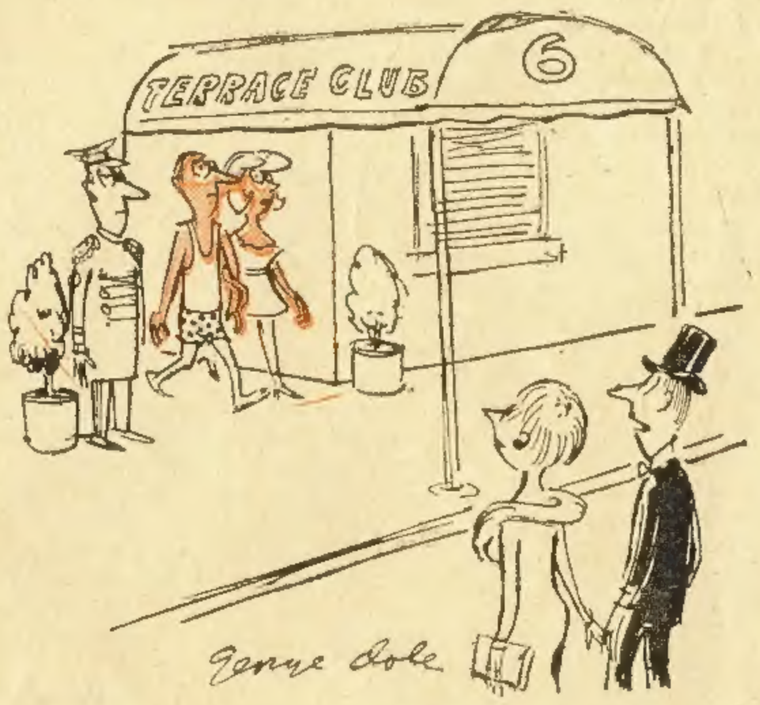
ESTATUA: —¡Qué vergüenza! ¡Qué marranada! ¡Oh, minuta chabanaca y vulgar...! ¡Así no se molesta a nadie, caray! ¡Ahora no tendré más remedio, ya que he salido, de ir a cenar a Lhardy!

Sale muy indignado, mientras DON JUAN se desploma avergonzado sobre el mantel y sus invitados toman bicarbonato.

TELON

JORGITO LLOPIS





APOLINO TARUGUEZ

Y SU SECRETARIO

POR conti

¡AH, MUY BIEN! ¡INMEDIATAMENTE ESTARA ALLI EL ANUNCIO CON EL QUE HA DE PRESENTARLO...!

¡DESE PRISA, CELEDONIO! VAMOS A HACER UNA CAMPAÑA PUBLICITARIA POR TELEVISION DE NUESTRA EMPRESA...

Y DENTRO DE MEDIA HORA SALDRA USTED EN LA PANTALLA DICIENDO ESTE ANUNCIO.

¿YO? ¿NO PODRIA HACER ESO UNA GUAPA PRESENTADORA?

PIENSE QUE SOY MUY TIMIDO. NO QUIERO HACER UNA COSA ASI.

LO HARA USTED PORQUE EL DINERO TODO LO PUEDE. AQUI VA COMO PREMIO UN BILLETITO DE LOS GORDOS.

EN CUANTO VIO EL DINERO, ACEPTO ENCANTADO. YA CASI ES LA HORA DE QUE APAREZCA CELEDONIO.

Y PARA CUALQUIER NEGOCIO RARO, EMBROLLO JURIDICO Y LIO GORDO, YA SABE USTED QUE PUEDE CONTAR CON LOS SERVICIOS DE TARUGUEZ Y CIA.

MUY BIEN...

AUNQUE DIEGUEZ Y CIA LE ATENDERA POR UN PRECIO MAS ECONOMICO Y MUCHO MEJOR. GRACIAS.

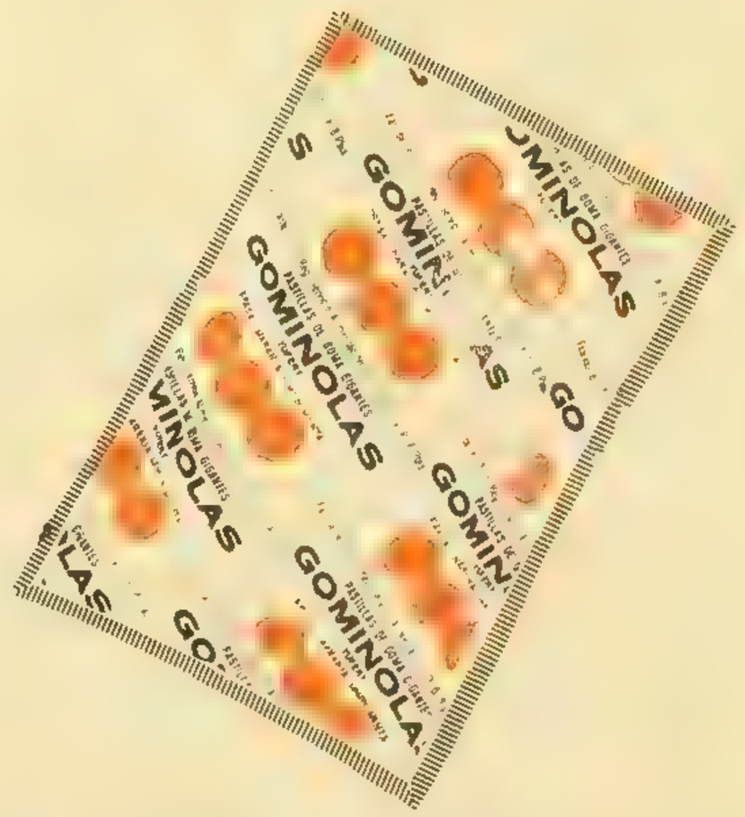
¡HORROR! ¿POR QUE HABRA METIDO ESA COLETILLA DE LA COMPETENCIA? ¡ME HA DESTROZADO EL ANUNCIO...!

¡CANALLA! ¡SINVERGÜENZA! ¡HA HECHO POLVO MI AVISO TELEVISADO! ¿QUE LE HA OCURRIDO?

PUES HABIA ALLI UN SEÑOR QUE DESEABA TAMBIEN DAR UN ANUNCIO, Y HEMOS METIDO LOS DOS JUNTOS PARA QUE SALIESE MAS BARATO...

Y DE PASO DEBO DECIR QUE ME HA DADO DOS DE LOS GRANDES. COMO USTED MISMO DICE QUE EL DINERO TODO LO PUEDE...

queremos GOMINOLAS



PASTILLAS DE GOMA

GOMINOLAS

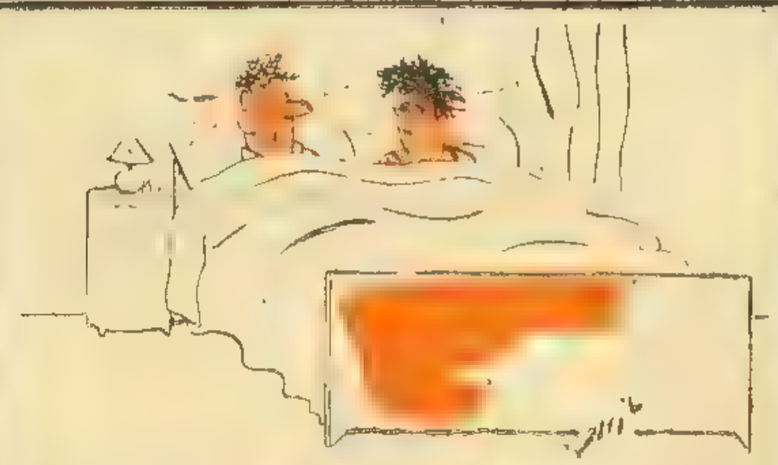
fresa · naranja · limón · menta (DE VENTA EN FARMACIAS)

P - 699 (10 - 65) 500

—¡Unicamente sonríe cuando le amenazo con irme a casa de mi madre!

—Demasiado simpática, ¿no crees?

-¡SEÑORITA MENENDEZ! ¿ESTA AHI, SEÑORITA MENENDEZ...?

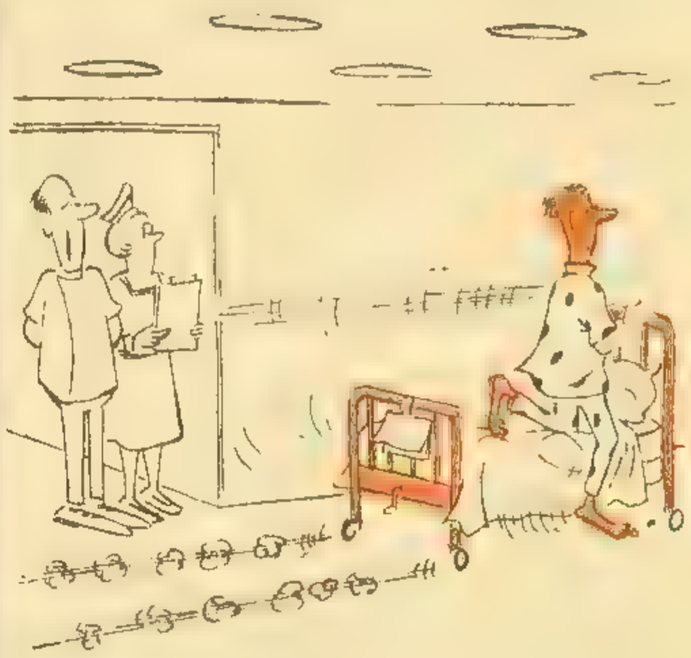


-¡AFRONTEMOSLO CON VALENTIA...! ¡ES HORA DE LEVANTARSE!

-¿NO ME HAS DEJADO BARRO PARA MI?

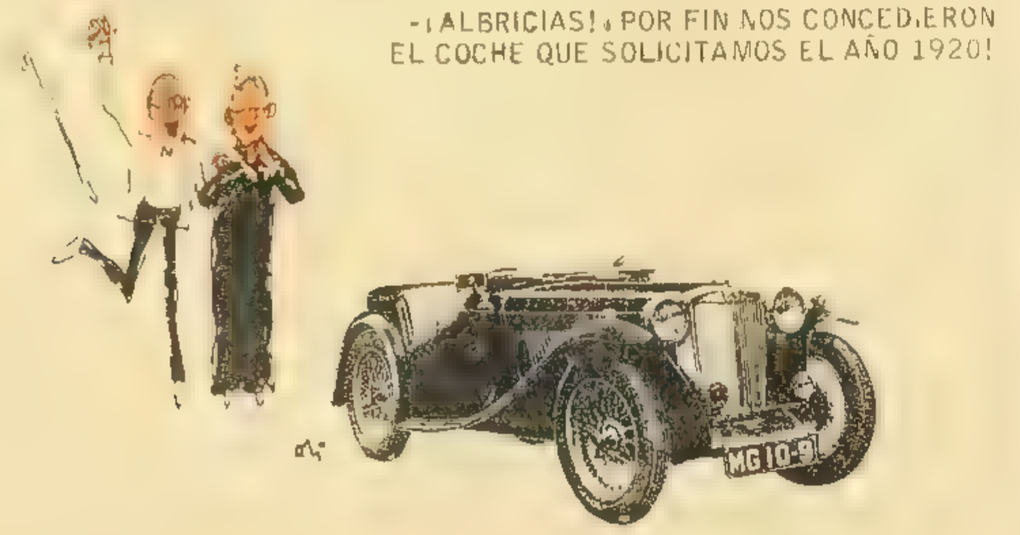
-ALBERTO CONTRIBUYO MUY GENEROSAMENTE A LA ULTIMA CAMPAÑA BENEFICA DE ROPA PARA LOS POBRES.

-¡SOLO ME CONSUELA PENSAR QUE, CUANDO TENGAMOS HIJOS, NOS DESQUITAREMOS!



-¡CREO QUE DEBEMOS PERMITIRLE YA QUE SE LEVANTE!

-¡NO TE EXTRAÑE! ¡ES LA MADRE DE UNO DE ELLOS!



-¡ALBRICIAS! ¡POR FIN NOS CONCEDIERON EL COCHE QUE SOLICITAMOS EL AÑO 1920!

NUESTRA ODIOSA SECCION DE CRITICA

MEDICAMENTOS SIN RECETA

Actualmente todo el mundo tiene vocación de médico. ¿Que uno tiene dolor de tripa? Una amable vecina le indicará el medicamento necesario para eliminarlo. ¿Que uno no tiene apetito? Un compañero de oficina le aconsejará las vitaminas que le devolverán las ganas de comer. Y así todo. La visita al médico casi no es necesaria, porque sabiendo cuál es el remedio, basta con llegar a la primera farmacia que se encuentre y adquirir el específico que muchas veces lleva impresa una notita que más o menos dice: No utilizarlo sin prescripción facultativa. Que quiere decir, como su nombre indica, que debe recetarlo un médico.

El médico, mientras no se demuestre lo contrario, es el que más entiende de enfermedades y enfermos y sabrá mejor que la vecina, el remedio que precisamos. Y sabrá por qué nos va mejor una cosa que otra, aparentemente iguales. Y evitará el abuso de medicamentos para cosas innecesarias. Deberia vigilarse esta venta completamente libre.

¡AL RICO HELADO!

Una de las estampas típicas de la canícula es ese carrito callejero que tiene helados en su interior. Es una bonita estampa que nos hace pensar en un manubrio convertido en nevera, por exigencias del tiempo. Parece de juguete. Se diría que hay en él algo de mágico que atrae a los niños. Bien. Hasta aquí la poesía. Pero pasemos a la higiene, que no es menos necesaria que la poesía. Y en nombre de la higiene, preguntamos, ¿hay alguien encargado de revisar las condiciones de sanidad de tales carritos? Nosotros creemos que sí, ya que ahora lo del control de la alimentación, es algo que se va a tomar en serio, afortunadamente. Por eso sólo lo preguntamos. Sin acusar. Y sin señalar. Porque los citados carritos nos caen muy simpáticos.

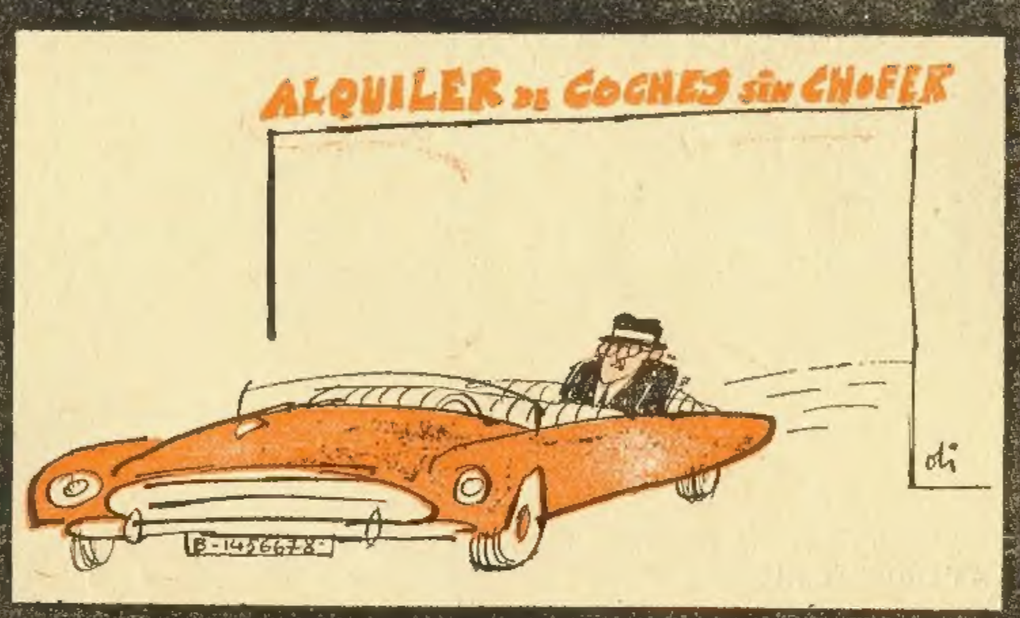
MENU TURISTICO

El menú turístico viene a ser algo así como el menú económico. Es un menú que todos los restaurantes tiene obligación de tener en su carta y que evita abusos de precios, pues está determinado oficialmente según la categoria del local. Hasta aquí todo va muy bien. Cuando empieza a fallar es a la hora de sentarse a la mesa e indicarle al sonriente camarero que vamos a tomar un menú turístico. Casi inmediatamente la sonrisa se esfumará y empezarán a salir pegas: que si tardará mucho, que si no vale la pena, que es mejor otra cosa, etc... Si se insiste, el camarero consentirá por fin en servirnos el turístico ese. El tiempo que tarde en hacerlo ya es otro cantar y completamente imprevisible.

Afortunadamente no ocurre en todas partes, pero sí en algunas. Y claro, una pregunta nos salta a la mente: ¿por qué ocurre esto? ¿Qué pierde el restaurante, o mejor dicho, **tanto deja de ganar**? Si nuestra situación económica no es lo boyante que quisiéramos, ¿por qué esta especie de desprecio del camarero hacia nosotros? En fin, esperemos que con el tiempo todo se arregle, aunque con el tiempo no suele arreglarse nada.

LOS MONOPOLIOS PEQUEÑITOS

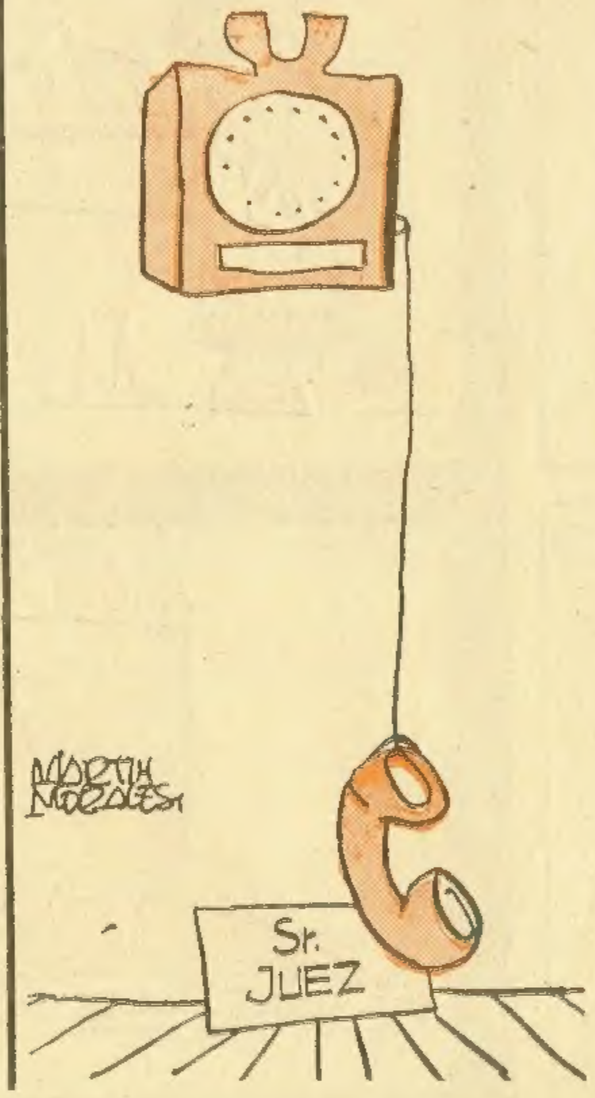
Nos pasamos la vida presumiendo de técnicos económico-sociológicos, criticando los grandes monopolios. Pero no prestamos atención a otros monopolios más pequeños, que nos afectan igualmente. Son los llamados **monopoliolitos.** Con un ejemplo lo comprenderán: supongamos que usted tiene un sobrino, cosa que le puede ocurrir a cualquiera. Supongamos que un día ese sobrino decide casarse, cosa que también a cualquiera le puede suceder. Llega el día de la boda. Y usted, que muy bien puede ser aficionado a la fotografía, desea hacer fotos a la feliz pareja, aprovechando que el novio no va a alquilar un chaqué todos los días ni la novia vestirá de blanco a diario. Muy bien. Todo está a punto. Entonces, cuando usted va a darle al disparador de la cámara, nota un golpecito en el hombro, se vuelve y se encuentra con un fotógrafo profesional que le prohíbe retratar a su querido sobrino, alegando que él tiene allí esa plaza de fotógrafo en exclusiva. Nosotros, que incluso vamos a bodas sin conocer a nadie de los que intervienen en ellas, hemos presenciado escenas como la descrita. Y usted, por muy tío que sea, no hará la foto. Se lo aseguramos. ¿No se podría hallar una solución? ¡Es tan fea una cosa así...!



-¡ENHORABUENA! ¡CUANDO SE CASE CON MI HIJA SERA EL HOMBRE MAS FELIZ DEL MUNDO...DESPUES DE MI, CLARO ESTA!

¡QUE TONTERIA! ¡ME PARECE OLER A PATATAS FRITAS!

-¡DEJAME LA CARTERA, QUERIDO, NO VAYAS A PERDERTE...!



Desiderio IV

—Sire...

—Pasa, pasa... Y siéntate, si quieres.

—¡En vuestra presencia, Señor...!

—No te preocupes por eso, que yo soy un rey muy a la pata la llana, hombre. Mira, te he llamado, porque mañana me tengo que presentar ante el pueblo.

—¿Ante qué pueblo, Majestad?

—Ante todo el pueblo, caramba. El pueblo, hombre... eso que siempre está haciendo cola.

—¡Ah! Ya. Y teméis un atentado contra vuestra preciosa vida.

—No, no... lo que necesito es un manto nuevo, porque este tiene los armiños muy viejos. Aparte de que siempre he creído que no son armiños, porque cuando salgo a la calle, me siguen todos los perros de la capital.

—Os seguirán para vitorearos.

—Otra cosa que también necesito es que venga la manicura a palacio.

—¿Para haceros las manos?

—A mí y a la del cetro. Sí, hombre, esa manecilla con un dedo extendido que llevo en las grandes ceremonias. Le hace falta con urgencia una sesión de manicura, porque siempre que la saco pincho a alguien

—De acuerdo, Majestad. Llamaremos a la manicura.

—Me tenéis muy descuidado, perdona que te lo diga. Con eso de que soy rey constitucional... Si mi bisabuelo, Lorenzo V levantara la cabeza... Entonces sí que vivían bien los reyes.

—Me parece, Majestad, que os quejáis de puro vicio, porque para sufragar los gastos de la corona hemos gravado al pueblo con un nuevo impuesto, que se llama, vos lo sabéis, el "Impuesto de la albondiga".

—No sabía... ¿Y en qué consiste?

—En que en todos los hogares de vuestro reino se reservará todos los días una albóndiga, que un recaudador especial requisará para vos.

—Ya recuerdo... Por eso estaba yo de carne picada hasta la coronilla. Oye, ¿y no podríais decirle al pueblo que me de su albóndiga en especies?

—No, Majestad, porque eso sería fomentar la inflación.

—La inflación la voy a pescar yo, porque las amas de casa de mi reino le echan a las albóndigas que me mandan poca carne y mucho pan.

—Además, que tomando una medida de esa clase, Vuestra Majestad se haría impopular y acaso, acaso...

—No, si impopular ya lo soy, porque en más de una ocasión las albóndigas que he recibido estaban hechas a base de ladrillos picado, hojitas de afeitar machacadas y polvos de pica pica.

—¡Siempre ha habido detractores del régimen que aguardan cualquier oportunidad para saciar sus apetitos!

—¡Yo sí que quisiera saciar mis apetitos! Oye, duque, ¿y no podríamos arreglarlo yendo yo a comer cada día a casa de uno de mis vasallos?

—Eso sería fomentar el agio.

—Es que el que se pica, "agios" come.

—Recordad a vuestro antepasado, Clotildo II.

—¡No me nombres a Clotilde II, que me da una envidia...! ¡Ese sí que era un monarca absoluto con agallas! Mira, duque de la Tortilla, en vista de cómo se está poniendo la cosa, abdico.

—¿Que vuestra Majestad abdica?

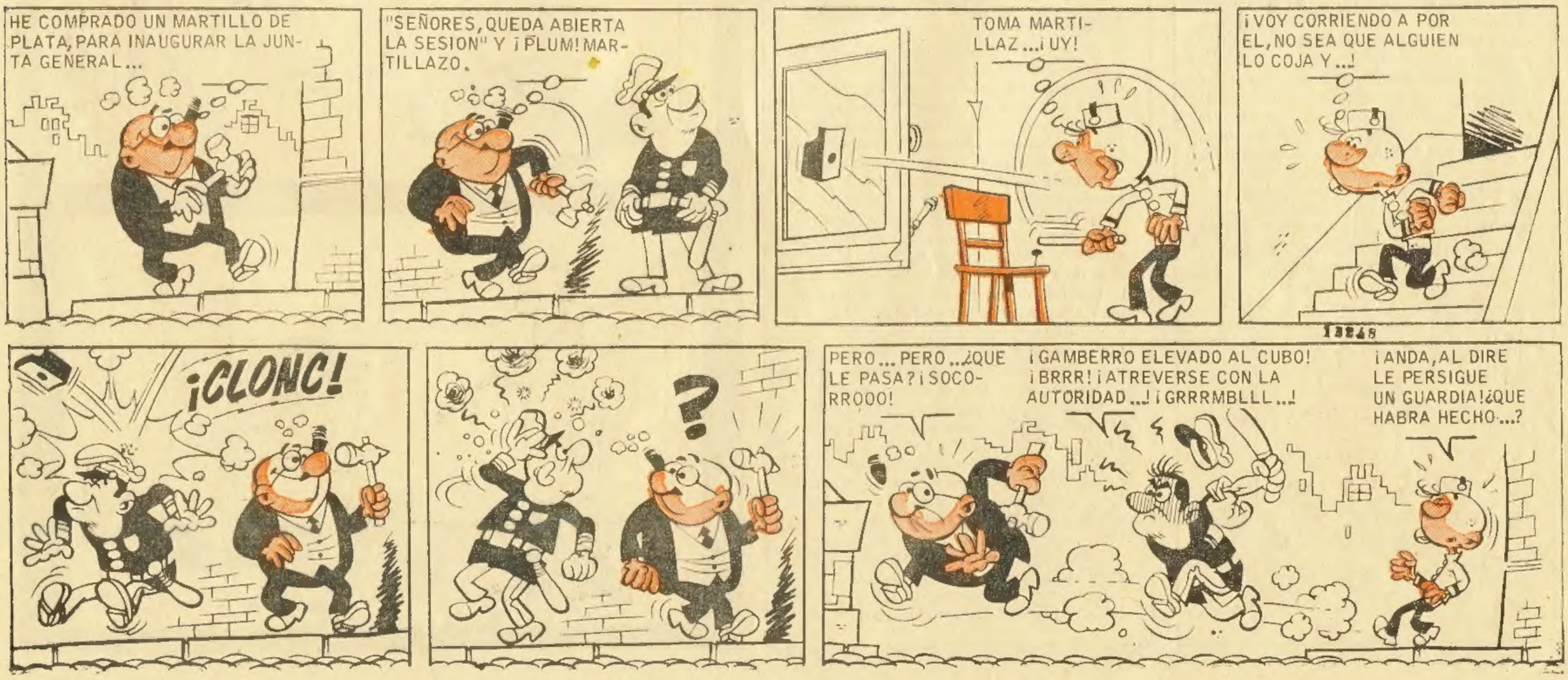
—¡Como lo oyes! Me han ofrecido en el destierro un empleo muy bueno, de anunciador de detergentes y lo voy a aceptar, sobre todo por comer algo que no sean albóndigas.

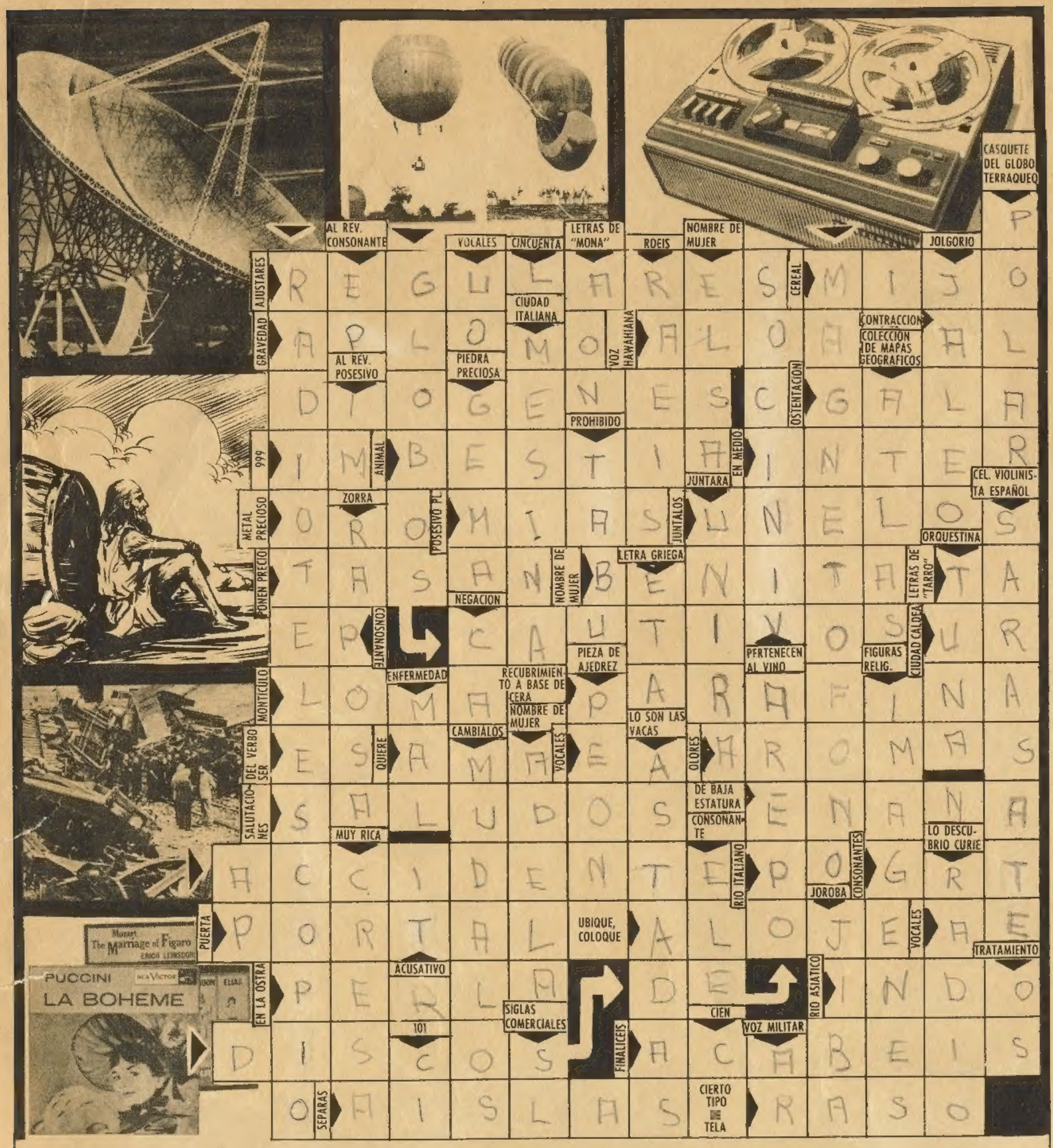
—¡Cúmplase la voluntad nacional!

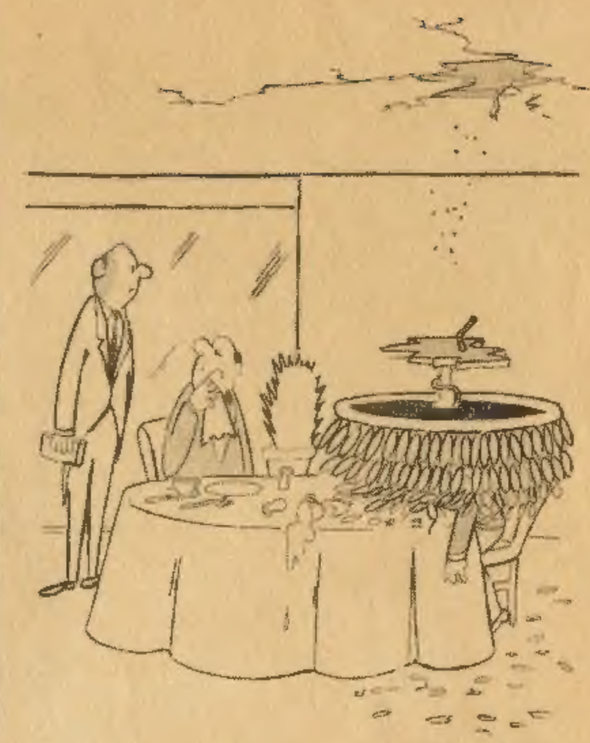
—¡Eso, idiota!

TITIN

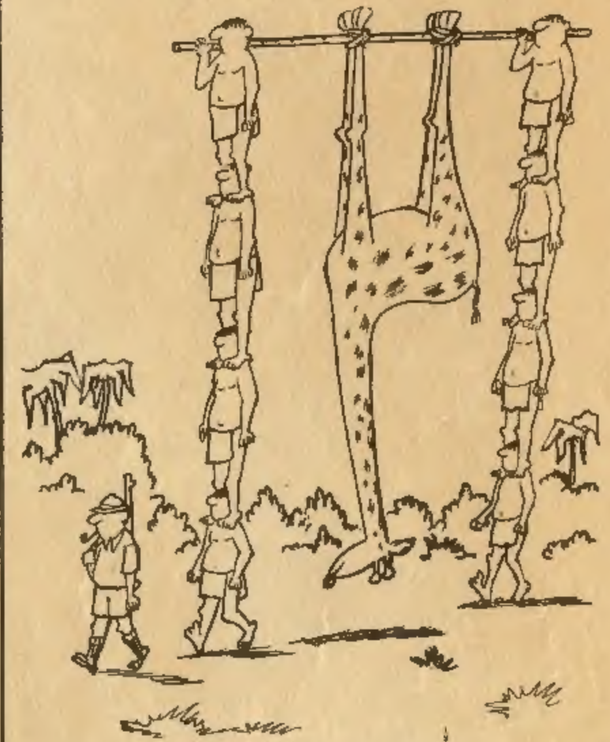
El botones
SACARINO
de "EL AULLIDO VESPERTINO"
¡HALA, QUE CLAVO SALIDO HAY EN ESTA SILLA!
PEDIRE UN MARTILLO EN EL TALLER, PARA ARREGLARLO.
QUE VUELVA, ¿EH?
SI; SOLO SON DOS MINUTOS.


HE COMPRADO UN MARTILLO DE PLATA, PARA INAUGURAR LA JUNTA GENERAL...
"SEÑORES, QUEDA ABIERTA LA SESION" Y ¡PLUM! MARTILLAZO.
TOMA MARTILLAZ...¡UY!
¡VOY CORRIENDO A POR EL, NO SEA QUE ALGUIEN LO COJA Y...!
¡CLONC!
?
PERO... PERO...¿QUE LE PASA? ¡SOCORROOO!
¡GAMBERRO ELEVADO AL CUBO! ¡BRRR! ¡ATREVERSE CON LA AUTORIDAD...! ¡GRRRMBLLL...!
¡ANDA, AL DIRE LE PERSIGUE UN GUARDIA! ¿QUE HABRA HECHO...?



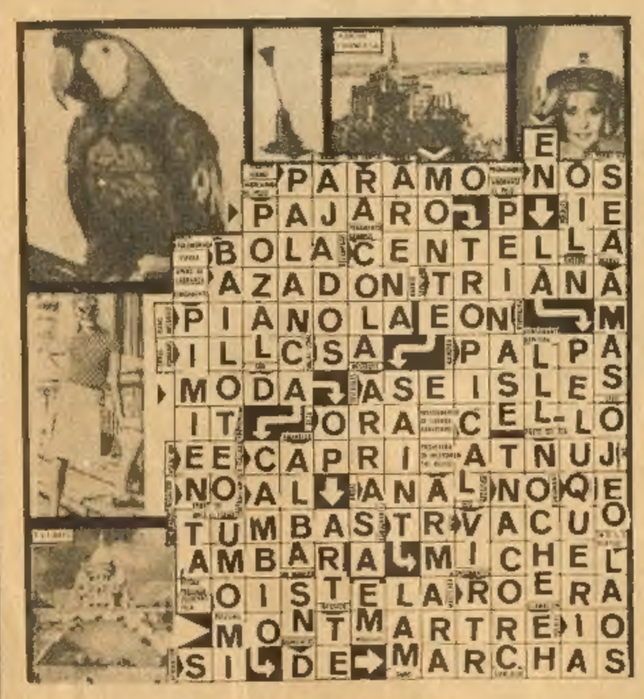


—¡Cuentas separadas, por favor!



SIN PALABRAS

—¡Ya puedes considerarte a salvo, querido! ¡Estamos en casa!



DDTGRAMA

por J. BAY

Modo de resolverlo (77)

Las flechitas señalan el lugar donde empieza la palabra, que puede continuar vertical u horizontalmente, si así lo indica otra flechita sin definición. Las definiciones no se limitan, únicamente a referencias formales, sino que también admiten interpretaciones ingeniosas. Las fotos, sirven de definición, pudiendo significar el nombre del fotografiado o lugar que represente, así como su profesión o cualquier circunstancia que vaya unida a él. Las líneas de trazo grueso y las definiciones indican el final de una palabra.

La solución se publicará en el número siguiente.

SOLUCION AL N.° ANTERIOR

—¡Esto es muy serio, señores! ¡Se han descubierto infiltraciones del FBI en la CIA!

—¡Todo en orden, señor policía! ¡Tengo carnet de conducir!

SIN PALABRAS

¡Son los mejores!

porque

Cola-Cao les dió

¡SALUD! ¡FUERZA! ¡VIGOR!

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA